

COMPUTO ECLESIASTICO.

Aureo número	14	Ciclo solar	17
Epacta	XXIII	Letra dominical	FE
Indiccion romana	14	La del Martirologio	D

TEMPORAS.

Primavera	13, 15 y 16 de Febrero.
Estio	14, 16 y 17 de Mayo.
Otoño	17, 19 y 20 de Setiembre.
Invierno	17, 19 y 20 de Diciembre.

ADVERTENCIA.

Los domingos y los dias señalados con †† obligan á todos á oír misa y no trabajar; lo mismo los de †* á los que no son indios, pues éstos pueden trabajar en sus cosas y no tienen obligacion de oír misa.

Los dias que llevan ð son aquellos en que está prohibido comer carne.

De ayuno son los de *vigilia*, las *témporas* y toda la cuaresma, menos los domingos. A los indios no les obliga el ayuno mas que los viernes de Cuaresma, el sábado de Gloria y la vigilia de la Natividad de Ntro. Sr. Jesucristo.

Los dias de fiesta nacional se señalan con N, los de tabla con T, los de Minerva con M, los de reliquia en catedral con R, y los de jubileo de 40 horas con *

HISTORIA
VERIDICA Y EJEMPLAR

DE UN HOMBRE COMO POCOS.



CAPITULO I.

Don Atenógenes.

Don Atenógenes, sugeto que por no describirle remito al lector al grabado aquí embudido, era muy afecto á los periódicos; manía que le quedaba de los buenos tiempos de su juventud florida, cuando

él también, como cualquiera hijo de vecino que ha cursado las primeras letras, perteneció de hecho y de derecho á la cofradía de los periodistas.

Verdad es que con frecuencia hacia sus berrinches de buen tabaco contra este periodista que se arrastraba sin vergüenza ni disimulo á los piés de los magnates, contra aquel otro que se daba una importancia no sostenida por sus escritos sin fondo y su porte insustancial, contra el de allá por su falta de opinión fija, contra el de acá por sus principios demasiado estrámboticos; pero esto no obstante, no dejaba él de leer,—y desde el título hasta el nombre de imprenta, al revés de como se acostumbra en el día, á leer—así el impreso procaz y servil como el petulante y el veleta, todos en suma cuantos podia haber á las manos.

Y para dar en pocas palabras una idea exacta del amor de don Atenógenes á la imprenta y productos suyos, diré que los prefería sobre las hembras de carne y hueso y sus costosos deleites, sobre el baile y la música, el teatro y el sermón.

Ahora bien, él que cansado estaba de leer avisos,—lo menos inútil que encierra mas de un periódico, pero lo menos leído de los mas de los suscriptores,—tuvo un día la ocurrencia de parar la consideracion en uno que á la letra decia:

Mad. Silfide, modista.

Acaba de recibir de Paris confeccion de las costureras de cámara de S. M. I. la emperatriz de los franceses, efectos de mucho gusto para señores, etc.

¡Extraño aviso, que por serlo tanto llamó la atención de don Atenógenes! ¡Hasta sus anteojos, á los cuales recurría él en circunstancias críticas y solemnes; hasta sus mismos anteojos acostumbrados á transmitir fielmente al dueño y señor suyo imá-

genes é impresiones tan raras; hasta sus mismísimos anteojos que en la presente ocasion se trepó sobre las perices, se admiraron en vidrios y acero de tan peregrino caso!

—¡No hay remedio! exclamó entre dientes don Atenógenes. “Para señores!”

Y luego, asomando á sus labios una sonrisa de complacencia:

—Estos extranjeros, prosiguió, y particularmente estos franceses son tan extravagantes y tan ingeniosos, que no es extraño eso de efectos para señores hechos por costureras. ¡Vamos! dentro de poco los sastres van á coser túnicos. . . . Al fin, jeso del hombre y la mujer está ya tan confundido, tan anarquizado! . . . De todos modos, bien merece la pena de verse eso, pues por lo menos la obra ha de ser muy pulida.

Y nuestro hombre que la daba de pulido y elegante, se propuso desde luego ir al día siguiente á visitar á la modista que tenia los efectos que tanto habian movido la curiosidad de él.

CAPÍTULO II.

Madama Silfide.

Madama Silfide era una modista en toda forma, una francesa completa, si no mentan las apariencias, á saber: el porte, el habla y la traza.

¡Francesa! ¡y modista! . . . ¡Qué par de alforjas! francesa ya dice mucho por sí solo; ¡cuánto no dirá francesa modista! . . .

No podemos negarlo, porque nos venderia su retrato, que madama Silfide no era de lo mas hermoso corporalmente; pero ¡qué es el cuerpo cuando una boca melosa destila, aunque por entre dientes artificiales ó picados, palabras que van derecho como la bomba bien dirigida, á la vanidad, al amor propio, y le hacen cosquillas, y le estimulan

hasta un grado supremo, el grado 60 por lo menos arriba de cero del termómetro de Réaumur, ó si se quiere hasta el paroxismo de la locura, en el termómetro del espíritu humano? Qué es el cuerpo,



lector, cuando la boca revela una alma que sabe sentir, y comunicar y sentir afectos tiernos de esos que derriten á un hombre como un pilon de azúcar cuya integridad ataca y destruye una gota de agua, afectos de esos que derriten desgraciadamente y que mas desgraciadamente no se derriten, antes al contrario, lo mismo que la gota de agua en el azúcar, van anchándose mas y mas á medida que van haciendo estrago, y van cobrando

mas y mas vigor, vigor que no se acaba sino hasta que el azúcar quedo reducido á miel?...

Lector, si no has topado en tu vida una indita que así te haya invadido, penetrado, desorganizado, mejor para tí.

Lector, si no te ha tocado una chinita que así te haya conquistado, te damos la norabuena.

Lector, si no has tenido la mala suerte de ser derretido por una niña, señora ó señorita, de las que frecuentan como tú los bailes y las tertulias, las comedias y las óperas, oye mi consejo: da por ello mil gracias á Dios.

CAPÍTULO III.

Don Atenógenes hace conocimiento con madama Silfide.

Al dia siguiente, mas temprano que de costumbre, don Atenógenes despertó de un sueño entre alegre y triste, lleno de fantasías y caprichos, de figuras ideales en los techos, de pinturas simbólicas en las paredes. Habia él cenado mas de lo regular en la noche anterior, y eso tal vez habia producido el efecto, si hemos de dar crédito á los médicos, de una laboriosa digestion, causa determinante del soñar, según la medicina.

Tomado el desayuno y acomodado el vestido con el auxilio de un sirviente y de una sirvienta, pues nuestro personaje era soltero, púsose don Atenógenes en la calle y dirigió sus pasos hácia la designada en el aviso, y que no queremos nombrar, así porque ya la habrá adivinado el lector, como porque no se califique de diatriba esta inocente historia.

—¡Madama Cinife! preguntó cuando hubo llegado á la tienda de modas que designaba el aviso.

—Silfide, quedará ustet decir, caballero, le fué respondido.

—Ah, sí! qué diantre de nombre...
 —Serfidorrá de ustet, señor mío.
 —Ah! usted es, señorita! Dispense usted, he visto en un aviso, que usted tiene efectos para señores.

—¿Cómo?
 —Digo (don Atenógenes se estira el cuello de la camisa y se endereza el de la levita), para caballeros.

—Parra caballero... ¡Oh, sí! tengo túnicos parra caballeros que tienen señoritas y niños, y...

—Ropa de hombre, digo yo!

—Ah, no, señor mío! ustet esta equifocado.

—Así lo dice el aviso, madama.

—Impos-sible!

—¡Vea usted!

—¡Error! ¡error! Mas con todo, caballero, agregó madama Silfide, con preciosa sonrisa y ojos dormidos, eso no serrá motivo parra que ustet ya que s'ha molestado en honrrar mi casa, se rretírre de ella sin llefar una memoria. Dispense ustet, aquí tenemos muy buenos artículos parra su señorita de ustet.

—No tengo mujer... No se moleste usted.

—Perdone ustet, señor, no es molestia, bien al contrario, yo estarría muy desgrasiada que ustet hubiera estado en mi casa y... y no me llefara nada. Mirre ustet, siquiera no mas una sílfide... un... ¿Cómo se llama ustet?

—Don Atenógenes.—

—¿Don?...

—Atenógenes Villalta.

—Ah!... ¿ustet ha estado en Guanajuato?

—Sí, muchos años.

—Me han dicho de un caballero muy exelentísimo de allá y conosco que es ustet, sí, ustet... Jamás he oído alabar tanto á un hombre... y con rason, agregó con una sonrisa que en don Atenógenes produjo una novedad como nunca habia sentido en los dias de su vida.

Renunciamos la tarea de referir al lector cuanto hizo madama Silfide por aparecer interesante y hasta amorosa, y hasta amable á los ojos—no, al corazon de don Atenógenes. Baste decir que el solteron se retiró de la tienda de la modista con un si es no es de sentimiento, con las ideas confusas, con un atolondramiento extraño, y que siempre, y con su cierta satisfaccioncilla, se prestó á comprar una corbata que la madama le ofreció, para que no se molestara él, mandarle á su casa el dia siguiente.

Oh libertad, ¡cuánto vales! solamente los que te han poseido y te pierden saben debidamente apreciarte! Por eso te representan bajo la imagen del gorro frigio, pues para estimarte bien es necesario haber sido esclavo... Lector, no vayas á imaginarte que hablamos aquí de la libertad política, que eso desdeciría de tu penetracion.



ni entendas tampoco que hablamos de la libertad de tomar lo ajeno contra la voluntad ó sin el consentimiento expreso de su dueño; ni de la libertad de pervertir ó de arrebatarse la honra, aun con la voluntad y consentimiento de su dueño, en suma, no entendas que nosotros llamamos libertad al desenfreno ni al vicio.

CAPÍTULO IV.

Las mañas de madama Silfide contra la independencia de don Atenógenes.

Meditando estaba don Atenógenes en las consecuencias que habia traído la errata de imprenta del aviso de madama Silfide, cuando su camarista le avisó que le buscaba una extranjera. Sentimos no poder callar que á nuestro héroe le dió un brinco el corazon; pues así sucedió. Ahora, si ello fué un síntoma puramente nervioso ó nervioso-moral, mas adelante veremos.

Nuestro hombre se miró al espejo, se pasó el cepillo de peinar por la cabeza y la barba, inspeccionó el charol de sus botas, en fin, se preparó como quien va á viajar por un país frecuentado de saltadores.

No iba lujosa madama Silfide: sabia muy bien que nada podia esperar de sus armas meramente físicas, á las cuales nada tampoco habrian podido añadir en punto á fuerza todos los perifollos imaginables.

Habló ella. Y confuso y embobado don Atenógenes veia y veia tan solo. Sus ojos, todas sus potencias se habian concentrado en su oído, con el cual veia, oia, gustaba y tocaba, viendo en la que le hablaba, no una mujer que la naturaleza habia tratado con rigor, sí una criatura que estaba dotada de un espiritualismo exquisito, oyendo, no las articulaciones de una mujer cualquiera, sí las me-

lodias poéticas y sentimentales de una sirena, gustando, no los atractivos harto angulosos y disecados de una configuracion mujerial, sí el deleite ideal de una mujer criada al parecer para comunicar dulzura y delicia á cuanto se allegara á su alma, tocando, no la carne ó por mejor decir los huesos de madama Silfide, sí su espíritu, su delicada inteligencia.

Dijole ella que le llevaba el pañuelo, en el cual, como memoria, se habia tomado la libertad de bordar las iniciales del nombre de él. Entre suspiros y otros artificios del género sentimental contó brevemente, aprovechando la primera coyuntura que ella proporcionó, las desgracias de que habia sido víctima desde que habia quedado viuda de un valiente militar y las circunstancias que la habian precisado á separarse de Paris, su patria, y buscar en Méjico una patria adoptiva entre los generosos é ilustrados mejicanos. Y por conclusion agregó entre quiero y no quiero que un hombre la molestaba con sus importunidades, prevaleiéndose de la desdichada situacion en que la veia.

Lector, desdichado de tí si crees no hallar en esto mas que pura invencion de novelista. Es verdad que una mujer que así de manos á boca como quien dice compromete su plan, es una imprudente y debe de echar á perder su cálculo segun todas las probabilidades. La vida es una campaña; como la guerra, tiene su estrategia. Nada se puede decir cuando faltan datos tan indispensables como los del conocimiento del terreno, de las tropas, de la calidad del enemigo, de las influencias á que está mas sujeto. Napoleon ha dicho que la batalla de Vaterló fué la que mas debian de haber perdido los aliados, y sin embargo, fué precisamente la que le encerró en Santa Elena por todo el resto de su vida.

Como quiera, es el hecho que don Atenógenes, de ante mano herido, recibió una furibunda im-

presion con la historia lastimosa de madama Silfide, y allá el dia menos pensado le hizo.... ¿lo crearás lector? propuestas matrimoniales....

Lector, si es que no tienes humor de hacer lo que el sugeto del grabado que tengo la honra de presentarte, me acompañarás al capítulo siguiente en donde te referiré cosas mas peregrinas que las que ya sabes.



CAPÍTULO V.

Lo que mas aguijoneó á don. Atenógenes con sumo contentamiento de su amada.

Hemos llegado á un lance crítico. El matrimonio es el salto mortal de la vida. O se quiebran los contratantes el pescuezo, ó se hacen felices, en lo posible; y el negocio tiene el corto término de toda la vida.

Si lícito me fuera entrar en profundidades que no son para calendarios, diria yo que de suyo no es malo el matrimonio, y daria mis razones; pero don Atenógenes me espera, y madama Silfide me acosa, ambos en los momentos mas apurados, y el

lector con razon ó sin ella me reclama la deseada continuacion y conclusion de esta historia.

Don Atenógenes, ya picado desde que vió á la madama, vino á sentirse mas urgido de su pasion, desde la hora y punto en que supo que su amada era perseguida por un rival de él; pero su impaciencia llegó á tener dimensiones colosales en el momento que vió por sus propios ojos al presuntuoso que pretendia robarle una alma que él tenia por suya propia, no ya desde el dia de la fecha sino desde la fecha del dia en que habia sido infundida en el cuerpo de la dueña y señora suya, es decir de madama Silfide y de don Atenógenes.

Era el tal pretendiente uno de esos mil ociosos que visten bien sin que se sepa cómo y que están en la apititud y en la disposicion siempre de pegar una banderilla á cualquiera. El grabado explicará mejor que todas las palabras, la cara y traza de don Chilindrin Mosaico. Hele aquí.



Tener una modista que le vistiera y aun lo mantuviera, era el cálculo de nuestro elegante, que si acaso ello llegaba á traslucirse, él se vanagloriaría y lo áchacaría todo á pasion por parte de ella.

Mas madama Silfide, sabia qué podia esperar de semejante pretendiente, y portándose con la debida cordura, le habia dejado plantado, por la ocasion á lo menos; pues si bien por el lado del gusto le placia, no así por el de la conveniencia, y ella no pretendia de ninguna suerte seguir el ejemplo del perro de las dos tortas.

Luego que don Atenógenes hubo visto á su rival, encendióse en ira, y zumbáronle de desden los oidos: él estaba cierto de la predileccion de la codiciada dama.

“Es verdad, reflexionó luego, pero, las mujeres son el diablo, ó á lo menos como dicen que es el favor del pueblo. Y luego tambien las mujeres suelen desconocer tanto sus verdaderos intereses, que no fuera extraño que llegara á preferir al mequetrefe aquel.... llevada de que era mozo, pi-saverde....”

A este punto de sus reflexiones, don Atenógenes perdió la cabeza, y segun hemos tenido ya la honra de decirlo, dió el salto mortal antes que le llegara el arrepentimiento, dijo él, antes que ella cambiara, decimos nosotros.

Por demás nos parece advertir terminantemente que la propuesta fué admitida en términos estudiados, de manera que no dieran á conocer que se deseaba el enlace ni dieran á entender que se aceptaba por mera política, si es que semejante compromiso puede aceptarse por política.

El triunfo de madama Silfide habia venido á ser completo.

Burladas las maquinaciones de don Chilindrin y logradas las suyas de ella.... ¿qué mas podia apetecer?

Don Atenógenes vivia, y bien, de un premio mayor de la loteria de San Carlos, cosa que se nos habia olvidado referir y que la madama no habia olvidado inquirir. Esto por sí solo bastaba para interesarla y comprometer su astucia de mujer,

como si dijéramos de serpiente, á conquistar á don Atenógenes.

CAPÍTULO VI.

Casamiento.

Practicadas todas las diligencias, cumplidas todas las formalidades civiles y eclesiásticas, don Atenógenes vino á quedar hecho legitimo y perfecto dueño y marido de doña Silfide, y esta legitima dueña y mujer de don Atenógenes: el objeto de las ansias de aquel y fin de las cavilaciones de ella quedaron logrados.

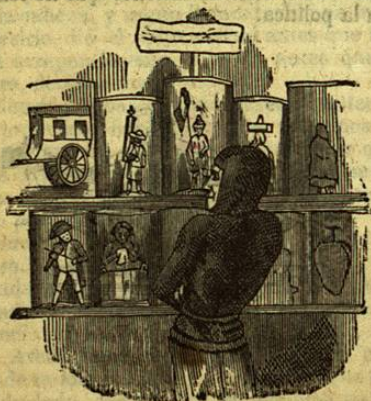
Y para patentizar de una manera ruidosa la satisfaccion que reinaba en el consabido enlace, hubo una famosa boda y un buen baile, en el cual no tomó parte el novio porque su carácter periodístico le habia quitado toda inclinacion, como ya lo tenemos dicho, á las diversiones que no tenian roce con la política.



CAPÍTULO VII.

Felicidad.

Algunos dias trascurrieron gratos y apacibles para las dos criaturas asunto de esta historia; y gracias, que las mas veces acontece que á las veinticuatro horas despide el marido á la mujer ó muere de la mujer al marido, si no es que los dos, cada uno por su lado, comienzan á buscar el modo de proseguir la vida del soltero para atenuar el aburrimiento de la vida de los casados. El ó la que menos mal lo hace, emplea el tiempo destinado á zorrococos castos en ver paparruchas; pero como las paparruchas que distraen á las mujeres no son para dichas, preferimos representar las de género más inocente que ven los hombres, á saber:



CAPÍTULO VIII.

Hiel y conclusion.

Un dia don Atenógenes echó de ver que su esposa hablaba el castellano mucho mejor que antes, sin barbarismos franceses: atribuyólo él á su talento de ella.

Un dia don Atenógenes echó de ver que su esposa no tenia modales tan delicados como habia él observado antes: atribuyólo á preocupacion.

Un dia, en Guanajuato, adonde la llevó de paseo, echó de ver que era visitada por personas que manifestaban conocerla de tiempo atrás. ¡Qué rareza! se dijo.

Un dia, en fin, encontró en la calle, por su casa, á don Chilindrin, y otro dia recibió un anónimo en que se le decia que doña Sílfide, su mujer, no era en realidad mas que la mismisima persona en carne y hueso que allá en un tiempo, jóven todavía (no él), habia sido sirvienta en su casa, y que habia cometido un robo ratero en ella, y que se habia ido del país con un extranjero, y que habia vivido muchos años en Francia, después en otros países, de gitana, de socia de suertistas, etc., y que aburrida y perseguida por la justicia habia regresado á Méjico, confiada en el tiempo que dizque todo lo borra, en las nuevas costumbres, en su nuevo modo de hablar y en sus mañas....

No quiso leer mas el pobre don Atenógenes; pero como hombre machucho dióse en observar á su prenda antes idolatrada.

Pero á tercera parte ó mitad de la observacion, madama Sílfide se desapareció de su casa, no sin llevar consigo una gruesa parte de la propiedad metálica de su caro esposo, el cual por no desacreditar á la que habia tomado por legitima mujer suya, ó mas bien por no desacreditarse á sí propio,

calló la boca y corrió la voz de que la habia mandado á mudar temperamento. . . .

Es evidente que el diablo, por motivos que tendria, le hizo lo que ve el lector.



¿Por qué, dirá el lector, no quedó ella viviendo sosegadamente con él?

Porque sabia que él tenia aviso de quien era ella y tenia con razon las consecuencias del engaño; sobre todo, porque ya era en ella una segunda naturaleza el ser loca.

Y ¿qué fué de ella?

Lector, todo quieres saberlo.

Yo supongo que no pararia en bien, y aun asi lo asegura la crónica, pero á punto fije no te diré cuál fué el castigo que Dios le deparó. Cualquiera que te dijese yo, seria altamente clásico, y no frisaria con esta historia altamente romántica, como lo prueba el no tener un desenlace que satisfaga á todas tus exigencias.



CANCION DIABLINA.

Bonita es del mundo
la farsa graciosa;
el vicio es deleite
lo malo es la gloria:
los hombres contentos
mil cantos entonan
y bailan y ríen
y el diablo les toca.

Al pobre que apura
del vicio la copa
creyendo ¡insensato!
que así se mejora,
al rico que tira,
y al pobre desdora,
al triste usurero
que va viento en popa

vendiendo su alma
 á tlaco la onza,
 y siempre perdiendo
 salud, vida y honra,
el diablo les toca.

Alegre doncella
 y tú, viuda loca,
 que miras al mundo
 cual breva sabrosa,
 cual valle de gustos,
 cual tierra de rosas,
 mirad que engañadas
 papais solo moscas
 y en tanto bailais
el diablo es quien toca.

Soltero insensato
 que fundas tu gloria
 en ser egoista
 y hollas ¡torpe! la honra,
 que ocupas al mundo
 con sucias historias
 de famas perdidas
 en lúbricas bodas,
 mujeres vendidas
 que dais vuestras horas
 á horribles deleites,
 á glorias fangosas;
 bailad norabuena,
que el diablo es quien toca.

Y yo que contento
 entono mi loa,
 contra el vicio alegre,
 la maldad en moda,
 tambien canto y bailo:
que el diablo me toca.

EL JUDIO ERRANTE.

Si ha existido un judío errante real y verdadero, de carne y hueso y espíritu (no digo alma, porque no es creible la tuviese quien viera á Jesucristo abrumado por la cruz y le negara un lugar donde descansar), es cuestion que está por resolver.

Esto no obstante, existen muchos judíos errantes fantásticos, ideales, engendros de novelistas, de los cuales el mas furibundo y odiosamente in-moral, es el del francés Mr. Eugenio Sue: dudo que el verdadero lo fuera mas.

Hay tambien muchos judíos errantes vivos y de carne y hueso, vagamundos y petardistas sempiternos, sin patria conocida unos, sin patria ni hogar reconocido otros, todos husmeando el dinero, la conveniencia, á costa de la credulidad y de la boberia de sus prójimos, á los cuales embaucan con suertes de maños, ó con una fama vana ó con una traza de esas que se llaman generalmente de *caballero*.

Evitar el encuentro de estos perdularios, gente-plaga, debe ser uno de los mas exquisitos cuidados de todo hombre de cuatro dedos de frente: téngase presente que los hay por donde quiera, hasta en los pueblos, donde se apoderan del cura y del subprefecto y engatusan así al cura, al subprefecto y á todos los vecinos.

Y en el caso de no poder evitar el encuentro de semejante langosta, síbesele siempre que se le vea, espántesele á gritos, sombrerazos y pedradas, sin causarles lesion en la piel, pues no es necesario. Una buena dosis de burla cáustica y permanente es el mejor remedio contra ellos.

Tengo la satisfacción al terminar estas líneas, de presentar al lector un modelo con sus puntos de alegórico, de un judío errante, sacado de un original bien conocido.



RECETAS CURIOSAS.

Para ser hombre de importancia.—Aparentar mucho orgullo (aunque se sienta uno un pobre diablo), ofrecer protección á todos, hacerse elogiar de un par de periódicos, andar á las zancas de los ricos y de los poderosos, mirar con desden á los pobres y á los modestos. Mediante esto, y otras pequeñeces que se dejan á la práctica del paciente de riveza, se logrará el efecto.

Contra las canas.—Remedios eficaces.—Darse un baño en las aguas de Juvencio, ó emprender un viaje al otro mundo un año antes que comience el cabello á pardear.

Para ser poeta al estilo del país.—Procurarse una fiebre (mientras mas fuerte mejor), y en los momentos del mas alto grado del delirio, tomar la pluma y escribir renglones sueltos que acaben en *pasion voraz, volcan abrasador, llama consumidora, ardor frenético, desesperacion, horror, maldicion, querube*. Tener especial esmero en proporcionarse ideas antisociales, antimorales, anti-religiosas para facilitar el parto de odas, sonetos, octavas, letrillas, etc., en que se pinte muy bonito el adulterio, se provoque el abandono de todo pudor y se proclame al amor (así solito), como la moral suprema, la ley excelsa del mundo. No se omitan en los versos, besos, abrazos, cosquillas y cuanto mas pueda escandalizar las buenas costumbres, todo lo cual será tanto mas hermoso mientras mas frenéticamente escrito.

Bien usado este remedio, producirá efectos admirables.

Pronósticos que se pueden sacar del estado de la atmósfera.

Estrellas.—Si las estrellas se perciben un tanto opacas sin que haya nubes en el cielo, será indicio de tempestad. Cuando se las vea mayores que de ordinario, será señal de mudanza de tiempo.

Relámpagos.—Cuando se ve relampaguear á la proximidad del horizonte podrá decirse que habrá buen tiempo y que hará calor.

En invierno los relámpagos indican que no tardará en helar ó en hacer viento, ó que está próxima una tempestad.

Truenos.—Los truenos indican por la tarde tormenta, por la mañana viento y al medio dia lluvia; cuando son continuados traen consigo tempestad ó borrasca.

Arco-Iris.—Muy encendido ó doble anuncia que

continuará lloviendo; las coronas ó círculos blancos que se forman en derredor del sol, de la luna y de las estrellas, son indicios de que lloverá.

Lluvia.—Si la lluvia, al caer, exhala vapores y forma burbujas en el agua, es señal de que lloverá mucho tiempo y con abundancia; si después de haber llovizado se percibe á poca altura de la tierra una nube parecida al humo, es señal segura de que lloverá mucho. Si empieza á llover del 7 al 10 de junio y sigue lloviendo hasta el 12, es indicio de que el mes de julio será muy lluvioso. Si habiendo cesado la lluvia de caer por espacio de dos ó tres días vuelve á caer el 18 ó 19, será anuncio de que el mes de agosto será tan lluvioso como el de julio. Es de temer en este caso que no lleguen los granos á su madurez, y exige la prudencia que conserve cada cual sus semillas hasta que haya seguridad de que se logre la cosecha y se evite el hambre.

Sol.—Cuando al ponerse este astro se forman nubes al Suroeste y se tificen de un hermoso color de púrpura, será señal de viento y tiempo seco. La apariencia de dos ó tres soles lo será de nevada y frío en invierno.

Horizonte.—Si está despejado de nubes y no sopla viento, ó si el que sopla es norte, hará buen tiempo.

Nubes.—Las que, después de haber llovido, se acercan á la tierra y parecen agitarse sobre los campos, indican buen tiempo; si sobreviene niebla durante el mal tiempo, esto indica que cesará; pero si la niebla sobreviene cuando hay buen tiempo y se eleva dejando algunas nubes, habrá infaliblemente mal tiempo.

Quando las nubes presentan el aspecto de la lana en el cuerpo de los carneros, indican viento en estío y nieve en invierno.

Viento.—Si al viento se sigue la escarcha, y si esta se disipa formando niebla, volveráse el tiem-

po malo é insalubre. El viento del Sur es el que las mas veces trae la lluvia, y el del Este el que da buen tiempo pero muy seco.

El frecuente cambio de viento anuncia borrasca. Los vientos que comienzan á soplar durante el día, son mucho mas fuertes y de mas duracion que los que se entablan durante la noche.

Humedad.—Si la sal, el mármol, el fierro y el vidrio se ponen húmedos; si la madera de las puertas y de las ventanas se esponja, y si duelen los callos, será señal de lluvia ó de yelo.

Atmósfera.—Cuando está mas diáfana que de ordinario indica que lloverá muy pronto. Quando algunas nubecillas, pasando debajo del sol, se tificen de encarnado, amarillo, verde, etc., anuncian tambien lluvia.

Llama.—Si la llama de la lámpara chispea ó si forma geta, habrá una grande probabilidad de que llueva, lo cual sucede tambien cuando se desprende el hollin de la chimenea, y cae por tierra; pero si la pavezca apareciere mas encendida de lo que lo está ordinariamente, y se agitare mas la llama, será indicio de ventarrón. Quando por el contrario, estuviere la llama recta é inmóvil, será señal de buen tiempo.

Campanas.—Si se oyere de lejos el sonido de las campanas, será anuncio de viento ó mudanza de tiempo.

Olor.—Quando el buen ó mal olor se condensa, es decir, cuando se vuelve mas fuerte, será señal de lluvia.

INFLUENCIA DE LOS NUMEROS.

NUMERO 13.

Quando el rey de Francia Luis XIII se casó con la infanta Ana de Austria, se probó, dice

Sainte-Foix, que habia entre ellos una maravillosa y heróica correspondencia.

En efecto, el nombre del rey *Loys de Bourbon*, contiene trece letras, el de *Anne d'Autriche* está compuesto de igual número.

Luis tenia trece años cuando se resolvió su enlace.—Era décimo tercero rey de Francia del nombre *Loys*.

Ana de Austria tenia igualmente trece años en la misma época. Se contaban con ella trece hijos del mismo nombre en la familia real de España.

Los dos esposos habian nacido el año 1601 en un mismo mes.

NUMERO 14.

Enrique IV.—El nombre de este rey "*Henri de Bourbon*," se compone de catorce letras. Este príncipe nació catorce siglos, catorce décadas y catorce años después de Jesucristo.

Vió la luz primera el 14 de diciembre y murió el 14 de mayo.

Adicionando las cifras que forman la fecha de su nacimiento, 1553, dan el total de catorce.

En fin, vivió cuatro veces catorce años, catorce semanas y catorce dias.

PENSAMIENTO MORAL.

La sonrisa de la mujer recatada es miel; la de la coqueta es veneno. La mujer recatada paraliza todo tiro á su virtud, con una risada; la mujer coqueta con una risada los hace mas certeros. Con la risa, la mujer recatada se gana la estimacion aun del mismo que intentó perderla; con la risa, la mujer coqueta excita sentimientos atrevidos que no habia. La sonrisa de la mujer recatada calma y purifica; la sonrisa de la mujer coqueta enciende y malea.

UN VIAJE DE TRAVESIA.

—¿Qué hace usted?

—Mi testamento.

—¿Por qué?

—Porque estoy para emprender un viaje peligroso.

—¿Por tierra?

—Por agua.

—Pues ¿adónde viaja usted?

—A las calles de Méjico.

—Pero ¿si está usted en Méjico!

—¡Ahí lo verá usted!

—Usted se chancea.

Hablo con formalidad. Ni puede chancearse uno mirando la lluvia que ha caido y la que está por caer, y contemplando las calles y su inundabilidad.

—De veras!

—Me alegro que comprenda usted ya que no debo, prudentemente obrando, exponerme á salir á la calle sin haber hecho mis disposiciones de cuerpo y alma, para quedar así precavido de todos los riesgos del terrible y temible viaje que con el objeto de visitar á otro me veo en el caso de emprender.

—Amigo, tiene usted un millon de razones.

—Entre tanto concluyo de escribir, présteme usted el servicio de mandarme traer un sacerdote que me confiese.... No, no; que puede ahogarse. Mas bien será la primera diligencia que haga yo en cuanto ponga el pié en la calle. ¡Ah! recomiendo á usted mi mujer y mis pobres hijos, y quiera Dios que no sea el valle de Josafá donde volvamos á vernos.